

EL ARCHIVO FOTOGRÁFICO DE TOMÁS GÓMEZ BOSCH, 1915-1939. LA VERDAD DESVELADA POR EL TIEMPO

Ángeles Alemán Gómez

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

El archivo fotográfico como descubrimiento

El archivo fotográfico de Tomás Gómez Bosch, realizado sobre placas de cristal con una cámara Verascope para ser visionadas con un estereoscopio, ha sido, sin duda, un feliz descubrimiento que ha ayudado a entender y articular la imagen de un artista cuya vida abarcó diversos y divergentes campos.

Este archivo ha podido ser conocido por el público gracias a la generosidad de los herederos de Tomás Gómez Bosch, depositarios del archivo, y la labor de la FEDAC, la Federación de Artesanía Canaria del Cabildo Insular de Gran Canaria. La digitalización de las setecientas ochenta placas que lo componen fue realizada con motivo de la exposición “Tomás Gómez Bosch. Pintor y fotógrafo” celebrada en la Casa de Colón de Las Palmas de Gran Canaria en los meses de junio y julio de 2008.

Una historia de barcos y comercio

Tomás Gómez Bosch fue el cuarto de los catorce hijos de Castor Gómez Navarro y de Ana Bosch y Sintés (de los que sobrevivieron los once que se fotografían en 1911). Su madre había llegado a Las Palmas de Gran Canaria cuando todavía era una niña a bordo del “Joven Temerario”, barco capitaneado por su padre, Tomás Bosch y Sastre, comerciante mallorquín. En realidad se dirigían a Casablanca, pero la bondad del clima canario y su situación estratégica lo hizo cambiar de opinión y decidió instalarse en la calle Cano con su familia y desde ahí dirigir sus negocios.

Su padre, Cástor Gómez Navarro, procedía de una familia acomodada de Fortuna, en Murcia, y llegó a Las Palmas con otros jóvenes empresarios, entre ellos los Moll y los Lozano. Se instaló también en la calle Cano y al cabo del tiempo se casó con Ana Bosch y Sintés.

Tomás nació el 17 de diciembre de 1883. Su entorno familiar, en el que convivía la mentalidad empresarial con la afición por la música en particular y las artes en general, fue propicio para su temprana disposición artística. Estudió durante su infancia

en la Escuela Primaria y más tarde el Bachillerato en el Colegio de San Agustín. Allí descubrió la gran pasión de su vida, la pintura, gracias a su profesor de dibujo, Nicolás Massieu y Falcón.

En 1900 Tomás Gómez Bosch concluyó sus estudios con el título de Bachiller y comenzó a trabajar en un almacén propiedad de la empresa familiar, Viuda de Tomás Bosch y Sastre. Sin embargo, le tentaba demasiado la pintura como para olvidarla, y en sus ratos libres empezó a asistir a las clases de Federico Valido, profesor de la Academia Municipal. Por otra parte, la estancia de un pintor entonces muy afamado, Eliseo Meifrén, en Las Palmas, posibilitó que Tomás plasmase en sus primeros cuadros la admiración por los paisajes del pintor catalán.

En 1904, alentado especialmente por su madre, embarcó en un correo hacia Cádiz para instalarse en Madrid, aunque su primer deseo había sido estudiar en París. La situación no era fácil para la familia Gómez Bosch en ese momento, y los vaivenes de la fortuna afectaban mucho a los negocios por mar.

Su viaje a Madrid, pese a durar sólo dos años, fue esencial en su vida y en su pintura.

En 1904 Tomás se instaló en Madrid. El estudio de José Garnelo y Alda fue su primer lugar de aprendizaje. Pero el estilo del maestro, “típico de los pintores decoradores”, no satisfacía a Tomás, que al año siguiente empezó a visitar de manera diaria el Prado para copiar a los grandes maestros. De ellos, especialmente de Velázquez, se confesó siempre gran admirador.

Sin embargo y pese a haberse integrado en el ambiente artístico de Madrid, no parecía sentirse muy seguro en el territorio de la pintura. Fue una exposición de su admirado Meifrén el detonante para que Tomás decidiera abandonar el arte como forma de vida. El propio Meifrén se indignó ante su decisión, pero, pese a ello, Tomás volvió a Las Palmas. Corría el año 1906. Según sus propias palabras, y haciendo honor a una de sus grandes aficiones, los toros, decidió “cortarse la coleta”.

La fábrica de chocolate y la fotografía

En el mismo año de 1906 y aconsejado por los Fabre, propietarios de *Chocolates El Escudo*, Castor Gómez Navarro adquirió la fábrica que con el tiempo pasó a llamarse *Chocolates Gómez Bosch*. Encomendó a su hijo Tomás la responsabilidad de dirigirla y la vida de Tomás sufrió el primero de sus grandes cambios: pasó de ser artista a ser industrial. Desde entonces hasta 1939, año en la familia perdió de manera

definitiva los *Chocolates Gómez Bosch* y la fábrica de cerveza *Tropical*, la pintura quedó, aunque tan solo en apariencia, descartada de su vida:

Sin embargo, la fotografía vendría a suplir, al menos en parte, su inquietud artística. Joaquín Amado, un capitán de artillería destinado en Las Palmas, le enseñó los secretos de la novedosa tecnología. Así que Tomás, con una máquina *Verascope* que aún se conserva, empezó a hacer fotografías sobre placas de cristal.

La fábrica de chocolate, la de cerveza, retratos, autorretratos, barcos, gallos, calles de la ciudad, meriendas en el campo, familias en la playa, gentes del campo, casas rurales, mansiones señoriales, paisajes, marinas, todo lo que veía, todo lo que le atraía, era plasmado por su objetivo. En estas placas de cristal, que deben ser miradas con un estereoscopio para captar todas sus calidades, surge imparable una de las características que mejor definen el carácter de Tomás: la inagotable curiosidad por todo

De hecho logró crear un mundo fascinante en la fábrica de *Chocolates Gómez Bosch* y las fotografías de este momento desvelan una personalidad compleja y rica. Cuando observamos las fotografías del interior de la fábrica, en la oficina en la que despacha con Juan Sosa, su hombre de confianza en la empresa, las paredes dan muchas claves del amor por la pintura y por la fotografía que tenía este industrial. En uno de los despachos, en el que destaca la blancura del lavamanos, un cartel anuncia la excelencia de los chocolates; sobre la mesa, una serie de fotografías, las *gomas*, realizadas por Tomás. Junto a este despacho la imagen de una habitación contigua más luminosa, en la que cabe una mesa para planos o muestras, descubre hasta qué punto la pintura sigue siendo capital en su vida: una reproducción de El Greco- una de las copias realizadas en El Prado-, destaca en solitario sobre una serie de pequeñas reproducciones de Velázquez. En la pared contigua, junto a la ventana abierta, una de las marinas que había pintado en torno a 1900 transmite la belleza melancólica que había aprendido de Meifrén. Pero este mundo de la empresa aún depara más sorpresas para el visitante: en la azotea, en lo que se llamaba de manera tradicional el “terrado”, Tomás crea un jardín. Plantas y pavos viven en armonía a la sombra de una estructura muy similar a la de los invernaderos de la isla.

Estas imágenes, que hoy día podemos contemplar gracias a su extraordinaria conservación y a los actuales avances tecnológicos, ayudan a descifrar una vida, una actividad que descubren al hombre, al artista, al industrial. Su nueva aliada, la fotografía, le permite plasmar, encauzar en una especie de vía paralela, su mirada de pintor. Y al mismo tiempo nos permite mirar el aspecto de una isla, de una ciudad, de

las personas que las habitaron, incluso de las aficiones y de las referencias culturales que tenían.

La mirada a la isla

Estas fotografías también nos transmiten momentos felices, de plenitud y posiblemente de gran complicidad artística, pese a la renuncia de la pintura, gracias a las amistades que cultivó con persistencia. Su amistad con Néstor Martín Fernández de la Torre, con Luis Doreste Silva, con Alonso Quesada, con Tomás Morales, queda fijada para siempre en estas imágenes. Estos amigos ante el primer cuadro del *Poema del Mar*, de Néstor; paseando en el coche de Tomás Morales; caminando por la playa o sentados en las escaleras del Muelle de Agaete, muestran la cara luminosa de una época en que la alegría de vivir podía verse truncada con mucha facilidad y la sombra de la pobreza – y con ella de la tuberculosis y otras enfermedades- oscurecía la vida en la isla. Transportan a nuestra mirada la grandeza de unos artistas- Saulo, Tomás, Alonso, Néstor, el otro Tomás, como él mismo se definió- que en una época ya perdida, alejados de los grandes centros culturales fueron capaces de crear algunas de las obras más espléndidas de la cultura canaria. Esta época acabó de manera abrupta, cercenada por enfermedades hoy erradicadas: en 1921 murió Tomás Morales; en 1925 Alonso Quesada, más tarde, en 1938, Néstor.

La familia

En 1918 se casa Tomás Gómez Bosch con Ana Arroyo Cardoso, mujer esencial en su vida y en su obra. Hija de una familia culta, con la sensibilidad suficiente para entender la atracción de la pintura, fue la artífice de un raro y duradero equilibrio entre la vida familiar y la creación artística además de convertirse, por derecho propio, en la imagen ideal para la pintura de Tomás.

A su matrimonio le suceden los hijos, ocho en total. Las imágenes de su familia, acabando ya la década de los veinte, muestran a una madre, aún muy joven, rodeada de niños. Las fotografías de sus hijos, muchas tomadas en la Playa de Las Canteras, son las de unos niños felices, que juegan entre la arena y el mar.

A la responsabilidad creciente de su familia se une la cada vez mayor demanda de su trabajo. En 1923 Cástor Gómez Navarro había adquirido una fábrica de cerveza, a la que puso como nombre *Tropical*. Instalada en la trasera de la fábrica de chocolate, el

entonces anciano comerciante apenas pudo disfrutarla: murió en mayo de 1924, dejando a Tomás al frente de las dos industrias.

Chocolates Gómez Bosch y la cerveza *Tropical* participaron en la *I Exposición de Industrias del País*, celebrada en 1934 en el Circulo Mercantil de Las Palmas, claro indicativo de una preocupación práctica por el desarrollo y modernización de estas fábricas. El tiempo que dedicada Tomás a la industria y a su familia apenas le permitía pensar en su creatividad artística. Y sin embargo, apoyado por su esposa y por su madre, vuelve decidido a la pintura.

El retorno a la pintura

En 1931 empieza de nuevo a pintar. Los retratos de su esposa y de su madre inician este retorno. No olvida la fotografía y al mismo tiempo indaga en nuevas formas de composición fotográfica y pictórica. Su cámara le acompaña en múltiples excursiones al interior de la isla y el resultado en la pintura se traduce en lo que el llama “composiciones canarias”, algo muy cercano a la sensibilidad de la época. El llamado “Retrato de mujer canaria”, de 1934, se enlaza con el interés por el paisaje y los tipos insulares promulgado desde la Escuela Luján Pérez y la vanguardia intelectual de las islas.

Esta nueva forma de pintar, que se puede rastrear en los retratos y en las composiciones canarias y que sin embargo apenas se advierte en los paisajes, indica que Tomás Gómez Bosch, aunque de manera muy discreta, comparte intereses con los artistas de vanguardia. Sin embargo, pese a estos contados ejemplos su pintura se consolida, durante la década de los treinta, en el modo clásico que siempre le fue afín.

Lamentablemente, la gestión de las fábricas se iba complicando cada vez más, y la Guerra Civil agravó todos los problemas. En 1937 aún consta en su documento de identidad la definición de industrial, pero en 1938, en un informe firmado por él mismo destaca la pintura como su auténtica profesión.

En 1939 se perdieron de forma definitiva las dos industrias de la familia. Tomás Gómez Bosch, ante la implacable realidad, volvió a aliarse con la fotografía.

El Estudio Bosch

Desde 1907, año en empezó a dirigir la fábrica de chocolate, hasta 1931 Tomás se consideró a sí mismo un industrial. Su regreso a la pintura había sido interesante y prometedor pero las condiciones externas obligaban a tener una opción de vida más

segura, aunque a partir de 1940 volvió a inscribirse, así lo testimonian sus documentos de identidad sucesivos, como pintor.

Tomás Gómez Bosch encontró un inmueble disponible en la Calle Domingo J. Navarro. El edificio le fue arrendado y allí se trasladó con su familia, repartiendo entre las dos plantas principales el estudio y la vivienda. Un lugar que tuvo siempre, como ya había ocurrido en la fábrica de la calle Canalejas, la impronta de su peculiar y rica personalidad. Uno de sus más hermosos cuadros, el de sus tres hijos mayores centraba la mirada en el estudio: Tomás, Laureano y Castor, en una gran composición y acompañados por otro de los queridos perros de la familia, son, en este cuadro que había pintado en 1936, la prueba irrefutable de que Tomás nunca volvería a abandonar la pintura.

La fotografía le permitía, según él mismo explicaba, “dar luz a la cabeza”. De este concepto nacen sus retratos, sabiamente iluminados para resaltar la expresión y los rasgos de cada uno de sus clientes. La burguesía de Las Palmas, los artistas que venían a dar conciertos con la Sociedad Filarmónica, los actores y actrices de teatro, se mezclan en estas fotografías con los artistas e intelectuales de las islas, con retratos de sus hijos y con imágenes de pescadores, agricultores y pueblos de la isla.

Los nombres de los retratados por Gómez Bosch configuran el mundo cultural de Las Palmas, y por extensión el de Canarias: retrata a Westerdahl, a Jesús Arencibia, a Rafael Frübeck, a Alexis Weissenberg, a Gezah Anda, a todos los violinistas y pianistas excepcionales que llenan en esos años el mundo musical de la ciudad; también retrata a personajes tan atractivos y extraños como el pintor levantino López Morelló y a los hombres que entonces mueven las redes de la cultura desde Madrid: el Marqués de Lozoya y Laínez Alcalá ...

Es precisamente uno de ellos, Westerdahl, quien deja constancia con su fotografía de lo que en aquel momento sucede en la vida artística de Las Palmas, ciudad que visita en 1941 para asistir a la exposición de Jesús Arencibia.

En 1944 el Marqués de Lozoya invita a Tomás a participar en una exposición de artistas canarios en Madrid. Dos años más tarde, en 1946, es invitado por Francisco Bonnín a exponer en Tenerife, en el Circulo de Bellas Artes, exposición que ya lo consagra como un pintor de gusto clásico, pero con una austeridad muy cercana a la sensibilidad contemporánea.

La madurez: la pintura y la fotografía

“El que prefiero y el que más cultivo es el retrato. Pero también el paisaje con todo su inmenso ensueño y las marinas. Y ahora la fotografía, hacia la que oriento un buen porcentaje de mis actividades, en continuo aumento... La cámara y el objetivo acaparan mi atención de artista como fotógrafo. Dar luz a la cabeza; luz y sombra es la clave”

Más allá de las exposiciones y de los actos de inauguración, Tomás ama la pintura en sí misma. No pierde, en estos años y no lo perdería hasta el final de su vida la incurable curiosidad de la mirada, el deseo de descubrir nuevos rincones y nuevos personajes para pintar. Su capacidad de trabajo es inmensa, y le permite salir de paseo al interior de la isla cargado con su cámara y con su caballete. Ello explica que encontremos entre su prodigioso archivo fotográfico las imágenes de la cumbre, de carreteras desiertas, de pequeños pueblos a los pies de Tejeda, de agricultores que siguen arando con bueyes o de pescadores que sacan sus redes.

En 1951 Tomás se autorretrata con un sombrero de paja, el mismo que utiliza para pintar en la Cumbre junto a su amigo el pintor Nicolás Massieu. El estudio de fotografía acapara su tiempo, pero es cada vez mayor la dedicación a la pintura.

Ya a principios de la década de los cincuenta, en ese momento en que vuelve a sentirse pintor con plenitud, recibe el encargo más importante de su carrera: el gran lienzo que representa la Constitución del primer Cabildo de Gran Canaria.

En 1959 su hijo menor, Néstor, estaba preparado para hacerse cargo del estudio; el relevo estaba organizado. Aunque Tomás Gomez Bosch siguió siendo el alma del Estudio Bosch, y realizaba de vez en cuando algunas fotografías, pudo a partir de entonces dedicarse de lleno a la pintura.

En enero de 1968, Nestor Gómez Arroyo fotografía a su padre en Tejeda. El perfil poderoso, tan característico, de Tomás Gómez Bosch se recorta ante las cumbres que tanto pinta y tanto ama. Hay una dignidad extraordinaria en esta imagen, realizada ya en la vejez del artista. Tocado con su inseparable boina, su rostro es sereno. Disfruta de una vejez dulce, llena de reconocimientos. Su capacidad de trabajo apenas había decaído y sus cuadernos de notas, extremadamente minuciosos, sirven para seguir de cerca su procedimiento creativo y el número de sesiones que empleaba para completar cada obra. Pese a la edad, continúa trabajando intensamente. Una fotografía lo muestra pintando de pie, ya la espalda algo encorvada por los años, frente al mismo Roque Bentayga que aparece como paisaje en la fotografía.

En la década de los setenta, la última década de su vida, Tomás Gómez Bosch no cesa de pintar. Sus colores se suavizan, las formas se diluyen en el cuadro. Mantiene constante, sin embargo, la estructura de su obra, y no cesa de indagar en los secretos de su gran pasión. Su bien nutrida biblioteca, las fotografías que lo muestran trabajando en su estudio, así lo confirman.

En 1973 Tomás Gómez Bosch pinta uno de sus últimos autorretratos: en él mantiene la paleta de pintor en la mano. Es una hermosa declaración de principios, una declaración de amor por la pintura.

Agradecimiento:

Todos los documentos personales a los que se hace referencia en el texto han sido consultados gracias a la excepcional generosidad de los hijos del autor.



Figura 1: Ana arroyo Cardoso con dos de sus hijos, C. 1936.



Figura 2: Comida en la casa de Tafira, c. 1915.



Figura 3: Efecto de luna en el Puerto, 1915.



Figura 4: Néstor ante el primer cuadro del Poema del Mar, 1924.



Figura 5: Sensat, uno de los barcos de la familia. En el centro, Cástor Gómez Navarro, c. 1915.

BIBLIOGRAFÍA

ALEMÁN,A, (2005)“La belleza del cactus. La relación entre “El hombre en función del paisaje” y la pintura de la Escuela Luján Pérez”, *Libro de Actas del Congreso Internacional Pedro García Cabrera*, La Gomera.

DORESTE SILVA,L, (1954): “Un cuadro histórico. El primer Cabildo de Gran Canaria en sus personalidades, pintado por Tomás Gómez Bosch”, *Falange*,25 de septiembre de 1954.

MORALES, T. (1920) “Elegía de las ciudades bombardeadas”, *Las Rosas de Hércules*, Madrid.

RODRIGUEZ FILLOY, (1946), “Exposición Gómez Bosch”, *Arriba*, Madrid, 24 noviembre 1946.

ROH,F.(1927), *Realismo mágico*, Madrid .

RUIZ,A.: “Un rato de charla con el pintor Gómez Bosch”, *Falange*, 14 septiembre 1944

SANTANA,L (1970) : “Teoría para los bodegones de Tomás Gómez Bosch”, *Diario de Las Palmas*, 25 noviembre 1970.

VERA,C(1971): “Nuestra ciudad y sus hombres . Don Tomás Gómez Bosch cuenta su vida”, *Diario de Las Palmas*, 17 agosto 1971.